

Jordi Agut

**EL ÚLTIMO
DEFENSA**

editorial
MILENIO
LLEIDA, 2018

Director de la colección: Sebastià Bennasar

© del texto: Jordi Agut Parres, 2018

© de esta edición: Milenio Publicaciones, S L, 2018
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com

Primera edición: mayo de 2018

ISBN: 978-84-9743-819-3

DL L 444-2018

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

La previa del partido

Los partidos de fútbol se juegan en dos partes que suman un total de noventa minutos pero que pueden ser más por los descuentos decretados por los árbitros o las prórrogas y las tandas de penaltis, en caso de eliminatorias. Pese a ello, antes del pitido inicial ya se empieza a jugar. Son las previas, todo lo que los protagonistas y los medios de comunicación dicen del enfrentamiento en los días anteriores. Con frecuencia estas condicionan lo que pasará después en el terreno de juego.

Pensaba que en aquel momento se acabaría su vida. No la suya, físicamente, pero sí interiormente. Dicen que la muerte de un hijo es el peor trance que puede afectar a una persona. Él se enfrentaba a que esta posibilidad se cumpliera en breves segundos. Sería como si dejara de respirar.

El Chico permanecía sentado en una silla y con un guardia a cada lado. Cada uno de ellos llevaba un fusil colgado de las espaldas. Sin duda, excesivo para acabar con una persona de quince años. Pero era lo que había. En ese momento, el Hombre se preguntaba cómo había podido llegar a esa situación. Cómo sus jefes le habían engañado para aceptar el caso y cómo se había creído que se trataba de un asunto de poca importancia, que resolvería pronto. En los últimos años su carrera había sido meteórica. Su nivel de acierto y de casos resueltos, espectacular. Había ascendido más rápido que ningún otro agente de la historia del cuerpo y esto había provocado que se revistiera de esa pátina de invulnerabilidad. Ahora sabía que esto le había hecho bajar la guardia y cometer errores, unas equivocaciones que le habían conducido hasta este momento.

El chico hacía dos días que había sido raptado de su casa. Justo después de que su padre hubiera encontrado el hilo de dónde tirar. Un caso de apuestas en el mundo del fútbol. Unos cuantos dirigentes y jugadores corrompidos, unos pronósticos con dinero por Internet sospechosos y después fraudulentos, un grupo de detenidos, habitualmente los últimos desgraciados de la cadena, y expediente archivado.

Pero el Hombre no tenía bastante con un tramo del hilo. Quería todo el ovillo, quería llegar arriba, a saber quién era el responsable máximo de una organización que había sido la causante de millares de fraudes a gran escala en todo el mundo. Sedes en el Extremo Oriente, sobretodo en Singapur, y predilección por la liga inglesa, la más popular y rica. Y no solo en partidos de renombre, con el Arsenal, el Chelsea, los dos equipos de Manchester o el Tottenham, Un Tamworth-Harrogate, un Colwyn Bay-Solihull Moors o un Fanborough-Maidenhead United de cuarta o quinta división podían ser susceptibles de generar mucho dinero a través de la red. Llegar al responsable máximo sería un punto más en su brillante carrera.

Sus jefes le habían avisado. Tan solo una semana antes, el teniente Frank Grey le había parado en medio del pasillo y le había explicado su experiencia.

—Esto no es ninguna broma. Esta gente tiene muy mala leche. Ve hasta donde debas, hasta donde puedas investigar y detén a quien haga falta detener, pero hasta un límite. A partir de aquí, es territorio de minas y todavía más para un solo hombre. No muevas el avispero o te vas a arrepentir.

Pese a esta advertencia, la situación era demasiado tentadora. Uno de los detenidos fue extraordinariamente explícito desvelando detalles. Condujo al Hombre a un piso franco situado al norte de la ciudad. Fue un éxito. Un comando de agentes entró de madrugada, sobre las cinco. No todo el mundo dormía. Alguien controlaba los partidos que en ese momento se jugaban en Australia. Alguien que iba armado y que fue reducido cuando quiso plantar cara. Seis personas más, de procedencia asiática, dormían allí. Tres chinos de Hong Kong, dos hombres de Singapur y un sexto de Tailandia. Todos con los papeles en regla en el Reino Unido.

El interrogatorio fue, por decirlo corto y mal, intenso y particularmente irresistible para uno de los dos de Singapur. Resultó ser un primo de un hermano de un pariente del hijo del tío del abuelo del jefe. Del jefe de la zona se entiende, que tenía acceso directo al número 1 de la organización.

—¿Quién es? ¿Quién diantre es? —preguntó el Hombre cuando se cumplía la cuarta hora de preguntas en una de las salas del MI6.

—¡No te conviene saberlo! —respondió el detenido, visiblemente agotado—. A mí me matará, pero a ti te puede hacer algo peor si vas a por él.

—Te matará igualmente, desgraciado. O iré a por tu familia. Sabemos que la tienes aquí en Londres. Y sabemos también que los papeles de Fátima... se llama Fátima, ¿verdad? Los suyos y los de tus dos hijos pueden ser revocados antes de que finalice la semana. Aquí son blanco fácil, pero si los hacemos volver a casa no durarán ni dos minutos. Y sabes que no nos cuesta demasiado decir por ahí quien ha cantado ante la policía en los interrogatorios. Ya podrás decir lo que quieras, serás conocido como delator en el futuro.

El asiático no tenía escapatoria y dos horas más fueron suficientes para que desvelara detalles cruciales. Nombres de dirigentes implicados, de futbolistas corruptos, y que se conocieran algunas de las manos derechas del número 1 de la banda. Un escándalo que hizo zozobrar al país cuando *The Guardian* lo publicó en su portada a la mañana siguiente.

Hacía una semana que esto había ocurrido. Solo habían necesitado cinco días para saber quién había sido el policía responsable de la filtración a la prensa y de donde la habían sacado. Mientras tanto, habían conseguido introducir una píldora con cianuro en la cárcel donde el delator permanecía encerrado. Este, cuando la vio, supo lo que tenía que hacer. Murió en cuestión de minutos. Con ese acto salvaba a su familia de la venganza.

Dos días después, el Chico vio como en el trayecto entre el instituto y su casa era asaltado, a plena luz del día, por dos hombres que, ante tres de sus mejores amigos, lo metían en una furgoneta y se lo llevaban.

La reivindicación no tardó en llegar y las condiciones eran claras. Intercambiarían al hijo por su padre, y nada de agentes de apoyo. Ahora llegaba el momento de la operación. Pero el

Hombre no había sido tan pardillo de entrar solo en la jaula. Tenía policías en el exterior de la nave del este de la ciudad donde había sido citado y una unidad móvil a medio kilómetro.

2

El Hombre entró en la sala y mostró que iba desarmado. Los dos guardias lo cachearon. El Chico estaba delante, con los ojos tapados y atado a una silla. Uno de los dos encargados de su seguridad le quitó la venda de los ojos.

—¡Papá! —exclamó el Chico al verle la cara.

—¡Hijo! No te pasará nada, ya verás. Pórtate bien y haz lo que te digan.

—¡Pero yo no te quiero dejar aquí! ¡Quiero que vengas conmigo!

—Está todo controlado, hijo, ve con ellos y regresarás a casa. Todo se habrá acabado.

—¿Y a ti? ¿Qué te pasará?

—Nada, ya verás. Haz lo que te digan.

El Chico fue conducido fuera de la sala mientras su padre era atado a la misma silla. Su respiración se tornó más profunda. Allí hacía un calor de mil demonios, no había ninguna ventilación. Pensó en cómo tenía que haber sufrido el Chico durante dos días en estas condiciones. Uno de los dos guardianes, el más alto, tapó con una venda los ojos del Hombre. Cuando apenas habían transcurrido unos segundos se oyó una voz.

—¿Así que usted es el policía que pensó que podía acabar con nosotros? Vaya, vaya.

No había posibilidad de respuesta. El Hombre estaba amordazado.

—No creo que me haya hecho caso en el tema de venir sin policías. Da igual, mis hombres se habrán encargado de esto. Tiene un hijo muy bien educado, se ha portado muy bien durante estos dos días. Espero que su padre sea igual.

Silencio y continuación.

—Esto es un aviso, inspector. Ha llegado usted demasiado lejos en esta investigación. No ha sobrepasado la última línea roja y no quiero que la sobrepase. Ha sido un aviso. Somos capaces de secuestrar a su hijo y las próximas pueden ser su hija o su esposa, o sus padres. Deje el caso. Es mayor de lo que usted cree y la próxima vez no dudaré en matarlo. Ahora no me conviene esta publicidad. Somos gente de paz que llevamos a cabo nuestras... actividades sin que nadie salga dañado. Pero solo si no nos molestan. Espero que lo haya entendido.

Y entonces ninguna palabra más. El Hombre permaneció sentado en la silla, en ese ambiente sofocante, un periodo de tiempo que no supo calcular, posiblemente una hora. Entonces escuchó un sonido, alguien que abría la puerta y le quitaba la venda de los ojos. Era un agente de policía. También le arrancó el pañuelo de la boca.

—¿Dónde está mi hijo? ¿Qué ha pasado?

—Su hijo se encuentra en casa y perfectamente, inspector —respondió el agente.

—¿Y la operación, cómo ha ido?

El policía tardó unos segundos en responder.

—¡Que cómo ha ido, joder!

El teniente Grey hizo su entrada en la sala y se dirigió al Hombre.

—No muy bien. Por este motivo hemos tardado en entrar desde la unidad de apoyo. Cuando hemos llegado a las puertas de la nave hemos encontrado a los cuatro agentes que te acompañaban muertos, algunos estrangulados, otros con tiros por la espalda. No podíamos contactar con ellos y hemos iniciado el asalto desde lejos, pero aquí dentro ya no había nadie.

El Hombre cambió la cara. Por primera vez en muchos años fue auténtico miedo, no tanto por lo que había sucedido, que era trágico, sino por lo que podía pasar.

—Tenían razón —dijo en voz baja—. Esto es mayor de lo que pensábamos.

Primera parte

Comienza el partido en Zagreb

Los partidos de fútbol empiezan con el saque desde el centro del terreno de juego, en que el balón debe rodar hacia adelante. El gran círculo que rodea este punto sirve exclusivamente para este momento, para que los jugadores del equipo rival se mantengan a una distancia de 9,15 metros de quien la pone en movimiento.

Era la primera vez que Dragan iba al estadio a ver un partido de fútbol. Un partido de los buenos, se entiende, no como los que estaba habituado a seguir en los campos de al lado de casa, donde lo máximo que se veía era el balón volar de un lado a otro sin ton ni son. Hoy iría a ver un partido de Primera División croata, entraría en el estadio Maksimir, aquel que había visto de lejos pasando con el coche de su padre o por televisión, sobre todo cuando jugaba la selección. Dragan Mršić tenía diez años. Los había cumplido el día antes, un aburrido viernes de colegio del mes de abril que él deseaba que pasara rápido. El buen tiempo había llegado y nadie quería estar encerrado entre cuatro paredes durante tantas horas. Y esta semana tenía aquel gran incentivo. Tenía que llegar el sábado, el día en que, como regalo, iría al campo grande.

Desde hacía tiempo el fútbol era casi una obsesión para Dragan. Desde que había empezado a jugar con el equipo de la escuela lo intentaba seguir todo. Con sus compañeros de clase inventaba situaciones, durante el recreo, en que imaginaba que sonaba el himno de la Liga de Campeones y él era uno de los protagonistas. En casa, sus padres habían sido del Dinamo de Zagreb desde siempre. Incluso en los años posteriores a la independencia del país en que había adoptado nombres tan postizos como Gradanski o Croatia Zagreb. Pese a que Dragan también era fan del equipo, tenía que ver cada año como llegaba a duras penas a la fase de grupos y era goleado con frecuencia. Por eso, como sus amigos, había decidido hacerse aficionado de un equipo

extranjero. Y él era del Real Madrid. Su padre, Ivan, un hombre alto, enjuto y en la cuarentena entrada de años, le había dicho que ese club había sido el mejor de la historia y que fichaba a los jugadores que quería para ganar títulos y más títulos. Pero a Dragan lo que más le fascinaba era el uniforme blanco. Daba la sensación de que convertía a aquel equipo en el bueno de la película, delante de los otros, de múltiples colores, que eran los malos. ¡Cuántas disputas le había valido esto, en clase, con su amigo Sasha! Él era del FC Barcelona, el rival más encarnizado de los blancos y que tenía muchos simpatizantes en su colegio. Pese a ello, a Dragan le gustaba llevar la contraria y sentirse diferente.

Pese a que la liga local croata era una competición que no se podía comparar ni con la Liga de Campeones, ni tan siquiera con la inglesa, la italiana, la alemana o la española, que seguía por televisión, Dragan quería ir al Maksimir a ver un partido importante. La federación de fútbol había decidido que, contra lo que solía suceder, aquel sábado se jugaría a mediodía, justo antes de comer. La competición del país perdía interés por momentos. Hacía falta que la gente volviera a los estadios para conseguirlo, no se podía luchar contra el fútbol televisado de competiciones más potentes u otros entretenimientos bastante más atractivos.

El Dinamo-Rijeka de aquel 9 de abril tenía que comenzar a las 11.30 horas. Seguramente por ello, los alrededores del estadio estaban más llenos de gente que de costumbre. El club, con buen criterio, había decidido establecer precios infantiles simbólicos para que las familias fueran juntas al campo. Era cuestión de pasar una mañana divertida rematada por un partido que jugaban los dos primeros clasificados de la liga, un duelo del que podía salir el campeón.

—Faltan diez minutos para empezar y aún tenemos que pasar por los tornos y el control de entrada, nos vamos a retrasar —decía Ivan a su hijo y a su esposa Jelena.

—No te apures —replicó ella—. El partido dura noventa minutos, tendrás tiempo de estar sentado en unas localidades muy cómodas. Y yo tendré tiempo de leer mientras me da el solecito en la cara.

A Jelena Mršić no le gustaba el fútbol. Amaba a su marido y a su único hijo, pero la sacaba de sus casillas que pudieran pasar tantas horas ante el televisor viendo la pelota yendo arriba y abajo. Cuando conoció a Ivan ya conocía su afición por el deporte. Ambos habían hecho grandes excursiones por el país, muchas salidas por parajes no solo de Croacia, sino también de los países que habían conformado la extinta Yugoslavia. Además, ella lo había acompañado en los partidos de baloncesto, otro de los entretenimientos nacionales, que su marido había practicado de joven. Incluso Jelena llegó a jugar alguna temporada. Lo que se hace cuando se tontea, que se quiere practicar la misma actividad que la persona amada. Pero sentarse y no hacer nada no iba con ella. Por eso ya pensaba en cómo podía pasar el rato dentro del estadio durante el partido, aparte de leer la novela que, de manera previsora, se había traído de casa. Lamentablemente, los estadios croatas aún no están adaptados al entretenimiento para aquel a quien no interesa lo que sucede en el terreno de juego.

La mañana, hasta ese instante, no había estado mal. La familia se había levantado temprano. Había salido de su casa de las afueras de la ciudad y había tomado un buen desayuno en el parque de al lado del estadio. Allí, Dragan pudo correr un rato tranquilo y jugar con su padre con el balón que siempre llevaba en el coche. Mientras, Jelena leía al lado de un árbol. Un momento de tranquilidad después del trabajo de toda la semana. La mujer era administrativa en una empresa de material de construcción. Horas y horas sentada delante del ordenador y después todas las tareas de la casa. Aunque no se podía quejar. Ivan asumía la parte que le correspondía, pese a que su trabajo le exigía viajar mucho y estar días y hasta semanas en el extranjero. Urgía aprovechar el tiempo que quedaba para hacer actividades en común.

En un momento del improvisado partido que jugaban padre e hijo, el balón impulsado por Ivan fue lejos. Dragan fue a por él, pero no hizo falta. Estaba en las manos de un hombre extraño, como salido de un cuento infantil,

de esos que a primera vista no sabes si es de los buenos o de los malos. Debería tener unos cincuenta años e iba hecho un harapiento, con una gabardina de color gris, zapatos con algún agujero y una especie de sombrero.

—¿Es tuya? —dijo a Dragan con una sonrisa en la boca.

—Sí, mi padre la ha chutado y no la he podido agarrar —respondió el chico con miedo a que el hombre le hiciera algo.

—Pues ya te la puedes llevar, no está lo bastante buena para comérmela —exclamó este con una risotada—. ¿Cómo te llamas?

—Soy Dragan.

—Yo me llamo Milan y este parque es como mi casa —se notó un aire de resignación en aquella frase—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a jugar un rato con mis padres antes de ir al fútbol. A ver el partido del Dínamo, ¿sabes?

—Sí, sé que el Dinamo juega ahí, en el campo grande este de aquí al lado. Y la selección. Pero no he entrado nunca. A gente como yo no la dejan entrar a estos lugares.

—¿Por qué?

—Pues...

Milan se disponía a hablar, pero un grito les interrumpió.

—¡Dragan, vuelve ya con el balón, que se hace tarde! —era la voz del padre.

—Lo siento, me tengo que ir. Gracias por devolverme el balón —dijo el chico dirigiéndose a la persona que acababa de conocer.

—De nada —respondió Milan—. Si regresas para ver algún partido del Dinamo, ya sabes dónde encontrarme. Quizás hagamos unos toques. Cuando era joven había sido futbolista.

—¿Ah sí? —repuso Dragan con curiosidad—. ¿Y de los buenos?

—Bastante bueno —respondió el otro enorgullecido—. Pero no en Zagreb. Jugaba en Mostar, en Bosnia. Eran otros tiempos.

El encuentro con Milan había sucedido hacía cincuenta minutos y ahora estaba a punto de iniciarse el partido. El personaje ya casi no estaba en el recuerdo de Dragan, que no había contado nada a sus padres por miedo a que le recordaran aquello de que no se tenía que hablar con extraños y le pegaran una bronca. Ahora importaba entrar en el campo en seguida.

—Muestra la entrada a este señor, Dragan —decía Ivan mirando el reloj.

—¿Y cuando hayamos atravesado esta puerta ya estaremos dentro? —preguntó el chaval.

—Casi, no te pongas nervioso.

—¿Y escucharé el himno del equipo y lo podremos cantar?

—Pues sí, pero si no te das prisa ya habrán comenzado cuando lleguemos.

Las entradas de la familia Mršić no eran de las caras ni de las baratas. Estaban bien situadas y, pese al aumento de público respecto a los dos mil espectadores habituales en un estadio para cuarenta mil personas, observaron que se podían cambiar de zona sin demasiados problemas. Había muchos asientos vacíos.

Justo cuando se acomodaban, sonó el himno del Dínamo y ambos equipos saltaron al terreno de juego. A Dragan ya le pareció que aquello no era como en la Champions. El sonido de la megafonía no era tan potente como el que se intuía en los partidos de la tele y los jugadores no tenían la misma calidad que los de los grandes equipos europeos. Pese a estas diferencias sustanciales, le gustaba estar allí para contarle el lunes en la escuela.

El Dínamo vestía su indumentaria habitual, completamente azul. Dragan sabía que tenía cuatro puntos de ventaja sobre el Rijeka, el visitante de hoy. Recordaba el nombre de esta ciudad porque una vez había ido con sus padres. Fue una calurosa jornada de agosto en que Jelena había pedido a Ivan pasar unos días en la playa, y Rijeka estaba al lado del mar. Pese a tener solamente seis años, Dragan

recordaba haber alucinado con el estadio situado al lado del agua, un hecho que convertía el lugar en casi mágico. Su padre le había contado que era el estadio Kantrida, uno de los más bonitos de Europa por el paraje donde estaba situado. Hacía unos meses le había sabido mal cuando había conocido por la televisión que el Rijeka había construido un nuevo estadio y ya no jugaría más en el Kantrida. Le hubiera gustado volver para ver un partido de fútbol por una parte y la costa del mar Adriático por otra. Sentía simpatía por el Rijeka y, además, como Dragan era del Madrid, se puede decir que no sabía demasiado si animar al Dínamo, que se suponía que era lo que tenía que hacer, o a aquel equipo, también vestido de blanco y que venía de un lugar tan fantástico.

Casi dos horas después, el partido había finalizado. El Dínamo se había impuesto por 2-1. Había sido un partido animado en que los locales habían tenido que remontar un gol inicial del conjunto costero. Dragan casi se duerme a mediados de la segunda mitad porque ya se sabe que cuesta que un niño de diez años mantenga mucho rato la concentración. Pero al final disfrutó mucho, con el gol del equipo de casa faltando cinco minutos para el final y el griterío de los aficionados. Parecía la Champions, aunque fuese de día y el sol luciera, no como en los partidos nocturnos de la competición europea.

—¿Te ha gustado el partido? —le preguntó su padre bajando las escaleras de salida.

—Sí, sobre todo cuando han celebrado el segundo gol y todo el mundo se ha alegrado. Me han dado un poco de lástima los del Rijeka, pero alguien tiene que ganar, ¿verdad mamá?

—No sé —respondió Jelena— ya sabes que no entiendo demasiado este deporte. Pero si tanta gente ha gritado debe ser porque el gol era importante.

—¡Claro que lo es! ¡El Dínamo casi ha ganado la liga! —respondió el chico ofendido.

En ese momento, Ivan se paró.

—¿Qué pasa por allí, por qué hay tanta gente reunida?

—Tras una de las gradas de detrás de la portería del campo, la que daba al parque Maksimir, un gentío se agolpaba detrás de una cinta de color amarillo amarrada a un par de farolas y a la pared del estadio. Parecía que el espectáculo que se veía era interesante, ya que todo el mundo se acercaba a mirar, pero la policía intentaba alejar a los que se aproximaban.

—¡No se detengan, dejen que la policía haga su trabajo!

Se oían gritos de sorpresa y también algunos chillidos cuando los que llegaban veían lo que las autoridades querían ocultar. Dragan no se pudo resistir y, tirando de la mano a su padre, hizo que se acercara al grupo. Como no veía, ya que todos eran más altos, en un momento en que Ivan se despistó se soltó de su mano y se metió entre las piernas de todos.

—¡Dragan, no hagas esto, ven aquí! —fue lo último que oyó decir a Jelena.

Cuando llegó a la altura de la cinta miró en medio de las piernas de los policías. Vio una imagen que no olvidaría nunca. Un hombre, con una indumentaria que le era familiar, estaba como sentado en el suelo, apoyado en la pared. Parecía que durmiera, pero Dragan supo pronto que no era así por dos detalles: el primero era que no se movía, pese al ruido que le rodeaba y que hacía inviable cualquier modalidad de siesta. Y, sobre todo, por el chuchillo que tenía clavado a la altura del corazón. El chico levantó la mirada y, mientras un policía lo retiraba de la zona, vio la cara del hombre. Un escalofrío le invadió y sintió como si oscuros nubarrones taparan el sol en un día tan brillante. La imagen que tenía delante era la de Milan, aquel extraño personaje con quien había hablado solamente tres horas antes. El futbolista de Mostar. Y estaba muerto.